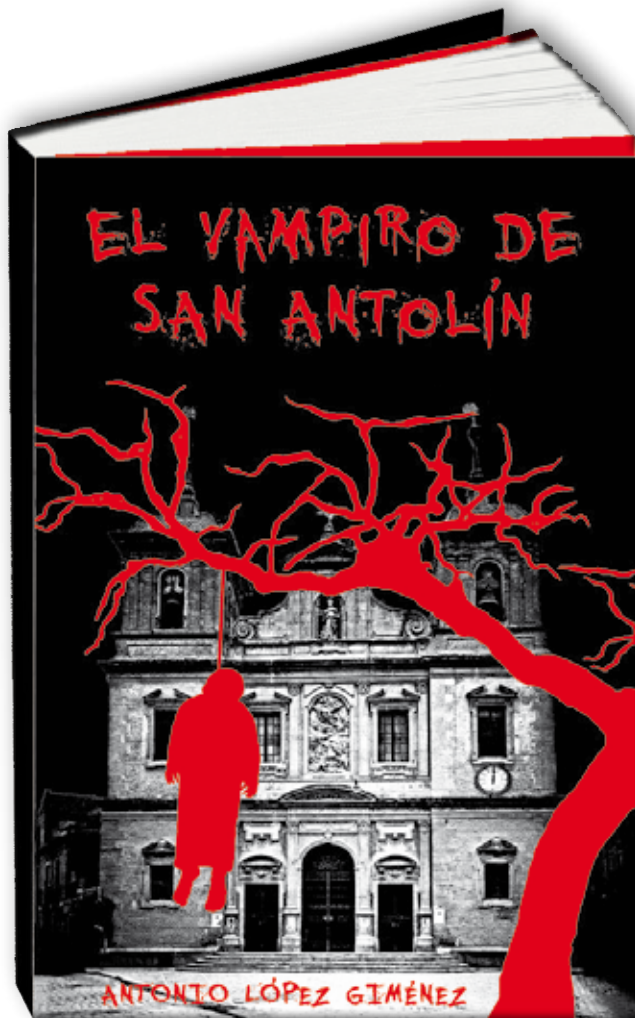


FRAGMENTO

EL VAMPIRO DE SAN ANTOLÍN

ANTONIO LÓPEZ GIMÉNEZ



EL VAMPIRO DE SAN ANTOLÍN



LA MÁQUINA CONTEMPORÁNEA

Antonio López Giménez

EL VAMPIRO DE SAN ANTOLÍN



la máquina contemporánea

A Juan, mi mejor y único amigo,
aunque a veces me muerdas...

Están ustedes a punto de descubrir un mundo imaginario donde personajes fantásticos les mostrarán situaciones completamente irreales, aunque su imaginación les lleve a pensar en personas o hechos concretos que un día pudieron existir, no hagan caso, todo es pura ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, bueno, todo no, las calles, plazas, algún establecimiento comercial y los pasteles de carne parece ser que sí existieron...

PRÓLOGO

En unos años difíciles de la postguerra española, un castizo barrio de Murcia, una pequeña ciudad de provincias, se ve desbordado por una serie de secuestros y sangrientos asesinatos que aterrorizan a toda la vecindad.

Sus gentes están atemorizadas por tan crueles sucesos, antes del anochecer las calles se quedan vacías, todos y cada uno de ellos permanecen encerrados en sus casas para no caer en las garras del asesino, son sus deseos de sangre los que le han dado su nombre, el Vampiro de San Antolín.

Nunca deja indicios, nunca deja huellas ni pista alguna, tras su paso solamente queda un terrible reguero de sangre.

Es una época muy dura para la mayoría de la población, en su recuerdo todavía permanecen muy cercanas las cartillas de racionamiento, los enfermos de tuberculosis se multiplicaban por doquier, el hambre y el frío siguen siendo una plaga para las clases más bajas.

San Antolín siempre fue un barrio humilde, entre sus paisanos hubo más pobres que ricos, de hecho los primeros rara vez paseaban por sus calles.

Aquellos eran años de muchos gitanos, buenas tabernas, calles emboladas de adoquines y mucha necesidad, piojos, hambre y miseria eran los compañeros habituales de la mayoría de la gente. También fueron tiempos de muchos “tontos de pueblo”, en eso siempre fue por delante, San Antolín tuvo los “tontos” más famosos y disparatados de la ciudad, casi todos nacidos entre sus calles.

El mejor mercado, el de Verónicas, era uno de los enclaves más conocidos y visitados del barrio, igual que las putas, repartidas entre la calle Huertas y hasta la Cuesta de la Magdalena. Los domingos por la tarde, un aluvión de paracaidistas inundaba el barrio a la caza y captura de las meretrices san antolineras, al oscurecer retornaban a sus respectivos campamentos con algún dinero menos y alguna venérea más.

Había que ver a todas esas fulanas, gordas y sucias, desayunando en los bares de la zona carajillos de anís, coñac y ponche, se necesitaba tener mucho estómago para encamarse con alguna de ellas.

Eran tiempos de obligada abstinencia, y la necesidad conducía a todos aquellos valientes soldados por caminos de perdición.

Los Seat 600 comenzaron a ocupar las calles de las ciudades, después vendrían los 850, conocidos vulgarmente como culo-pollos, y un poco más tarde el Seat 124 y su versión mejorada con motor de 1.430 centímetros cúbicos.

Estos se consideraban coches de rico y también eran usados por los agentes de la policía secreta.

Los carros tirados por burros, mulos y caballos desaparecían de las calles por momentos y aquellas antiguas tartanas, antecedente de los taxis, que tenían la parada en el Plano de San Francisco, frente a la antigua Audiencia, casi se habían extinguido por completo salvo la del Chepao, que permaneció en activo hasta mitad de los setenta.

En aquel tiempo, la gente tenía un espíritu mucho más conformista, la calidad de vida de la inmensa mayoría no es que fuera de poca calidad, es que en realidad apenas se le podía llamar vida. Se comía mal, la carne de ternera y cordero se consideraban todo un lujo al alcance de unos pocos, el cerdo y el pollo eran más habituales en las mesas de la clase media, huevos fritos y patatas constituían la base alimenticia de la mayor parte de la población civil, la militar comía un poco mejor y los curas eran de los pocos que seguían comiendo bien.

El pescado fresco y el marisco resultaba algo del todo prohibitivo, más de la mitad de los nacidos después de los años cincuenta nunca habían probado las gambas.

La falta de trabajo y la multitud de carencias trajo consigo muchos alcohólicos y bastantes borrachos.

Los primeros bebían para olvidar sus miserias y escapar de la depresión que les ocasionaba la falta de empleo o de su condición indigente, los segundos simplemente eran eso, borrachos, bebían continuamente, en cualquier momento, cualquier día, a cualquier hora, eran habituales de bares y tabernas hasta que se les acababa el dinero y cuando esto sucedía, el desaprensivo tabernero lo lanzaba de un puntapié a la calle después de maltratarlo y golpearle unas cuantas veces. Tirados en el suelo y sangrando, a veces incluso muy malheridos, solían permanecer desparramados hasta que un

alma caritativa se apiadaba de ellos y los socorría.

Era curioso, al día siguiente ya lo habían olvidado todo volviendo al establecimiento en el que lo maltrataron el día anterior para volver a serlo en el día de hoy.

Evidentemente no eran rencorosos.

Esos borrachos de cara hinchada, con un color entre rojo y morado, que balbuceaban al hablar fueron desapareciendo progresivamente, eran borrachuzos de vinazo peleón y nunca bebían otra cosa. La mayoría jamás probó el whisky ni la ginebra, decían que eso era alcohol y que ellos no bebían alcohol, solo vino.

¡Vivir para ver!

Otros personajes que abundaban en aquellos años eran los vendedores ambulantes. Andando, en bicicleta, triciclo, carrito o en cualquier medio que les permitiese acarrear su mercancía, llevaban diariamente a la puerta de las casas leche, pan, verduras, pasteles, y cuanto se pudiera necesitar.

El discurrir del tiempo los fue sustituyendo por pequeñas tiendas que dispensaban los mismos artículos que ellos vendían por la calle pero a precios superiores.

San Antolín era un barrio ejemplar, en sus estrechas calles se podían encontrar los oficios más diversos y variados, oficios que en otros lugares de la ciudad hacía años que ya habían desaparecido. Si necesitabas cualquier cosa extraña, ya sabías a dónde debías ir, si no lo encontrabas allí, no lo encontrarías en ningún sitio.

Su gran devoción era el Cristo del Perdón, traído al barrio desde una pequeña ermita que estaba en el Cruce de las Cuatro Piedras, en el Malecón, desde el primer día se

convirtió en el Señor de San Antolín. Todos los años suele desfilan el Lunes Santo por la noche, provocando el fervor y el orgullo de sus vecinos cuando lo ven llegar con su espléndido rosal de color rojo entrelazado en su cruz.

Aquel era el ambiente que se respiraba en sus calles cada día. Todo el mundo se conocía y lo mismo se querían por la mañana que se odiaban por la tarde, envidias aparte, la gente tenía un sentimiento común del que carecían el resto de los barrios, no eran de cualquier sitio eran de San Antolín.

I

DOMINGO DE RAMOS

Aquel Domingo de Ramos no sería como tantos otros.

El día amaneció muy nublado, las calles estaban oscuras y húmedas por la lluvia de la pasada noche, había algo en el ambiente que presagiaba una desgracia.

La maligna sombra de la muerte planeaba sobre las azoteas de San Antolín, los vecinos, aún ajenos a lo que les sobrevenía, apuraban las últimas horas de sueño antes de estrenar sus mejores prendas de ropa con que celebrar el inicio de la Semana Santa.

Esa inolvidable mañana el barrio despertó con el tañido de las campanas de la iglesia tocando a muerto.

Casi una hora antes de lo habitual, convocando a misa de ocho, el sonido grave y profundo de Ágata, la mayor de las campanas, comenzó a sonar con golpes secos y descompasados como queriendo anunciar la siempre triste presencia de la muerte.

A las puertas del templo comenzaron a llegar los mayor-domos de la Cofradía del Cristo del Perdón, era el día de las convocatorias en que grupos de nazarenos, acompañados por bandas de música, recorrían la ciudad de un extremo a otro, visitando a los cofrades y cumplimentándoles con alegres pasodobles y otras piezas musicales.

Resultaba extraño que permaneciendo cerrada la iglesia estuviera sonando una de las campanas.

En apenas un cuarto de hora, la pequeña plaza frente a la puerta se llenó de gente..., músicos, nazarenos vestidos con túnicas de color magenta y numerosos vecinos que se acercaron para descubrir el motivo del toque de réquiem.

La puerta continuaba clausurada a cal y canto, se aproximaba la hora de misa y la muchedumbre comenzó a inquietarse. A todos les parecía inusual que el párroco no hubiera llegado, don Malaquíás era un hombre extraordinariamente puntual, media hora antes de cualquier servicio ya estaba en la sacristía vistiéndose para el evento. Resultaba muy raro que no estuviese allí, y además... ¿quién estaba entonces tocando la campana?

Ante la multitud, justo en ese momento llegó Rafael el sacristán, un personaje peculiar a medio camino entre el autismo y la bipolaridad. Su cara manifestaba preocupación.

Accidentalmente no llevaba las llaves consigo, la más que probable juerga de la noche anterior le habría recomendado dejarlas en su casa, por la que aún no había pasado desde ayer. En un instante salió corriendo para recoger las llaves con que abrir la iglesia.

La plaza estaba completamente atestada de gente que

rumoreaba sobre las mil y una causas del suceso.

Un coche de la policía nacional hizo su aparición, saliendo del mismo dos agentes que, con sus tristes uniformes de color gris, comenzaron a preguntar a los allí presentes.

Transcurrieron tan solo unos cuantos minutos cuando Rafael apareció de nuevo, esta vez con las llaves, y abriéndose paso entre la multitud consiguió llegar hasta la puerta escoltado por los dos policías.

Tras introducir la llave con gran torpeza, finalmente pudo abrir el enorme portón de madera entrando en compañía de los guardias que, inmediatamente, volvieron a cerrar la puerta, impidiendo así que el gentío que les rodeaba pudiera acceder a la iglesia. Aquella decisión no cayó bien entre los vecinos congregados que empezaron a abuchear a los grises con palabras un tanto elevadas de tono.

Una vez en el interior, el sacristán y su improvisada escolta registraron, en primer lugar, la nave principal y la sacristía sin encontrar nada extraño, prosiguieron por las capillas laterales y el trascoro con idéntico resultado.

Cuando llegaron a las últimas dependencias, una pequeña habitación dedicada al almacenamiento de chismes y productos de limpieza, desde la que se accedía a la escalera de subida al campanario, y por cuyo hueco descendían las gruesas maromas con las que se tocaban las campanas, el espectáculo que encontraron les puso la piel de gallina.

Colgado boca abajo, atado por los pies y con un profundo tajo en la garganta, don Malaquías se bamboleaba lentamente sobre un gran charco de sangre. La sotana, replegada sobre el torso, dejaba ver unas blancas pantorrillas, tenía los brazos cruzados sobre la espalda y atados por ambas

muñecas. Una indescriptible expresión de horror parecía desfigurar los rasgos de su cara..., con la lengua fuera y unos ojos terribles inyectados en una sangre oscura de color púrpura.

La visión del sacerdote dejó a los tres sin aliento.

Durante unos instantes, permanecieron mirándose unos a otros sin ser capaces de hacer ni decir nada, hasta que el sargento reaccionó saliendo de la pequeña estancia con los ojos fuera de sus órbitas y una expresión de terror en la cara como pocas veces había tenido en su vida.

—Debemos informar de lo sucedido inmediatamente — se dirigió a su compañero con una quebrada voz que apenas le salía del cuerpo.

—Sí señor, inmediatamente.

Rafael, blanco como la cera, rompió a llorar como una plañidera, no terminaba de creer lo que estaba viendo, aquella escena era... algo... ¡realmente terrible! Él apreciaba mucho a don Malaquías y el impacto que le produjo verle colgado y degollado fue demasiado para su frágil estructura intelectual.

Los tres salieron por donde entraron pero la expresión de sus caras era otra bien distinta, el sacristán comenzó a sufrir arcadas, vomitando cuanto tenía en su interior, mientras que los dos policías se metieron en el coche intentando contactar con la central para informar del incidente.

Con la tensión del momento, el segundo de los guardias no cerró bien la puerta al salir quedando entreabierta, situación que aprovechó uno de los tontos del barrio, Fernandito Pasos Largos, para introducirse en la iglesia sin que nadie se diera cuenta, llegando hasta el lugar donde el

cura estaba colgado. Cuando el pobre muchacho vio aquello, un ataque de pánico se apoderó de él, saliendo a todo meter de la iglesia mientras chillaba con toda la potencia de sus pulmones:

—¡Han muerto al cura! ¡Lo han degollao! ¡Han muerto al cura! ¡Está ahí dentro colgando...!